en la tierra. En Él está la esperanza de la vida, esta misma con todos sus encantos y dulzuras. "Aun dado que el Señor me quitase la vida—decía Job,—en Él esperaré„ (1); á su Iglesia no dará la muerte, pues ha de vivir hasta la consumación de los siglos, y Jesús, que es la vida, siempre estará con Ella. Bendito sea el que tanto la ama. Nosotros, hijos de la Iglesia y por tanto hijos también de Jesús, le bendecimos, le amamos y le ofrecemos para siempre todo nuestro afecto, que triunfe y reine eternamente en nuestras almas.

---

(1) XIII, 15

CAPÍTULO XV

El canto del amor, afectos de la Iglesia: sus obras.

I

La Iglesia, al cerrar con broche de oro el libro en que han quedado escritos sus padecimientos y sus triunfos durante el siglo XIX, y pensando en la bondad incomparable del Corazón de su divino Esposo, que siempre estuvo con Ella y la dirigió en todos sus caminos con una Providencia amorosísima, y la colmó de gracias y favores, y la hizo triunfar en todos sus combates, y la coronó de gloria incomparable; la Iglesia, llena de amor é inmensa gratitud, bendice las misericordias de Jesús, y eleva hasta el Trono de su Esposo un cántico dulcísimo, exhalando en él todo su afecto. He aquí las notas más hermosas de ese cántico divino: "Cantemos alabanzas al Señor, porque ha hecho brillar su

gloria y su grandeza, y ha precipitado en el mar al caballo y al caballero. El Señor es mi fortaleza y el objeto de mis alabanzas, porque Él ha sido mi Salvador. Este es mi Dios, y yo publicaré su gloria; el Dios de mis padres, á quien he de ensalzar. El Señor se ha aparecido como un valiente campeón; es su nombre el Omnipotente. A los carros de Faraón y á su ejército los ha precipitado al mar; sus mejores capitanes han sido sumergidos en el mar Rojo. Sepultados quedaron en los abismos; hundiéronse como una piedra hasta lo más profundo. Tu diestra, oh Señor, es la que ha herido al enemigo de tu pueblo. Y con la grandeza de tu gloria y poderío has derribado á tus adversarios. Enviaste los instrumentos de tu cólera, la cual los ha devorado como el fuego á una paja.

„Al soplo de tu furor se amontonaron las aguas; paróse la ola que iba corriendo; cuajáronse en medio del mar los abismos de las aguas. Iré tras ellos, había dicho el enemigo, y los alcanzaré; partiré los despojos y se hartará mi alma; desenvainaré mi espada y los matará mi mano.

„Sopló tu espíritu, oh Señor, y el mar los anegó; hundiéronse como plomo en aguas impetuosas.

„¿Quién hay entre los fuertes á ti semejante, oh Señor? ¿Quién hay semejante á ti, tan grande en santidad, terrible y digno de alabanza y obrador de prodigios?

„Extendiste Tú la mano y la tierra los tragó. Por tu misericordia te has hecho el caudillo del pueblo que redimiste, y le has conducido, á fuerza de tu poder, á tu santa morada.

„Se levantaron los pueblos y montaron en cólera; quedaron penetrados de grande ira y dolor.

„Conturbáronse los príncipes, se estremecieron mis terribles enemigos, y quedaron yertos.

„Caiga de recio sobre ellos el terror y espanto á vista del gran poder de tu brazo; queden inmobles como una piedra, en tanto que pasa, oh Señor, tu pueblo, hasta que pase este pueblo tuyo que tú has adquirido. A estos tus hijos tú los introducirás, y establecerás, oh Señor, sobre el monte de tu herencia, sobre esa firmísima morada tuya que tú te has fabricado en Sión, oh Señor, santuario tuyo, que han fundado tus manos.

„El Señor reinará eternamente, y más allá de todos los siglos„ (1).

La Iglesia, al comenzar el siglo XX, tendrá que bendecir á Dios con el cántico de Moisés, porque ella también salió del ominoso cautiverio en que gimió por algún tiempo el Soberano Pontífice Pío VII, y ella, asimismo, al atravesar la centuria que está para concluir, tuvo que librar terribles y reñidísimos combates, y de todos salió victoriosa, pudiendo decir, al contemplar las maravillas del poder divino que Dios hacía brillar para salvarla, estas palabras

(1) Exodo, XV, 2-18.

de David: "Mis hijos no triunfaron con su espada, ni fué su brazo el que los salvó; sino tu diestra y tu brazo, y la luz dimanada de tu rostro, porque en ellos te complaciste. Tú eres mi Rey, mi Dios; tú quien decretas mis victorias. Con tu ayuda arrojaré á mis enemigos, y en tu Nombre á los que se levantan contra mí. Que yo no he de confiar en mi arco, ni mi espada será la que me salve; porque tú nos salvaste de los que nos afligían, y has confundido á los que nos odiaban. En ti me gloriaré continuamente, y sin descanso ensalzaré tu Nombre„ (1).

Inmensa tendrá que ser la gratitud de la Esposa del Cordero, quien siempre le prodigó dulcísimas caricias, aun en medio de las amarguras y padecimientos que se ha dignado mandarle, y por esto esa Iglesia santa, en la efusión de su ternura, le dirá con Isaías: "¡Oh, Señor, tú eres mi Dios; yo te ensalzaré, y bendeciré tu Nombre, porque has ejecutado cosas maravillosas, designios antiguos y fieles!... Porque has sido fortaleza del menesteroso en su tribulación, su esperanza en la tormenta, su refrigerio en el ardor... Eres verdaderamente nuestro Dios; en ti hemos esperado, y Tú nos salvarás; eres el Señor; nosotros nos hemos mantenido en la esperanza, y ahora nos regocijaremos en la salud que viene de ti, oh Dios

(1) Psalm. XLIII, 4-8.

nuestro„ (1). "Hemos puesto en ti, oh, Señor nuestra confianza, y todo el deseo de nuestras almas se cifra en recordar tu Nombre. Mi alma te deseó en medio de la noche, y mientras haya aliento en mis entrañas por ti suspiraré desde el rayar de la aurora... ¡Oh Señor Dios nuestro, hemos tenido fuera de ti otros señores que nos han dominado, haz que de ti sólo y de tu santo Nombre nos acordemos para siempre!„ (2).

La Iglesia ha entonado sus cantos de victoria, de amor y de esperanza; oigamos cómo canta sus amores al Corazón de su divino Esposo: "He aquí que Dios es mi Salvador; viviré llena de confianza y no temeré, porque mi fortaleza y mi gloria es el Señor, y El ha tomado por su cuenta mi salvación. Sacaréis aguas con gozo de las fuentes del Salvador, y diréis en aquel día:—Dad gracias al Señor é invocad su Nombre, anunciad á las gentes sus designios, acordaos que su Nombre es excelso. Tributad alabanzas al Señor, porque ha hecho cosas grandes; divulgad esto por toda la tierra. Salta de gozo y entona himnos de alabanza, casa de Sión; porque se muestra grande en medio de ti, el Santo de Israel„ (3).

En medio de sus santísimos afectos, de su indecible alegría, exhala la Iglesia un triste suspiro, ¡ay, ella es peregrina, aún no contem-

(1) XXV, 1-9.
(2) Psalm. XXVI, 8-9, 13.
(3) Isa., XII.

pla al descubierto el rostro de su Amado!... La Iglesia eleva sus ojos á los cielos, y dice así á los ángeles: "Si vieréis á mi Amado, decidle que desfallezco de amor.„ No contentándose con esto, saldrá de su casa é irá por todas partes preguntando por su Amado, y sin descansar un instante, dirigiéndose á su Amado, cual si lo tuviese delante de sus ojos, le hablará de esta manera: "¡Oh mi amado Señor, dime dónde tienes los pastos, dónde el sesteadero al llegar el mediodía, para que no tenga yo que ir vagando tras los rebaños de tus compañeros! (1). "¡Oh Señor, como el ciervo sediento suspira por las fuentes de las aguas, así suspira por ti mi corazón! Tengo sed de tu divino amor. ¡Cuándo será el día en que te vea claramente! Triste peregrina, mis lágrimas me han servido de pan día y noche, y muy grande ha sido mi amargura cuando me preguntan:—¿Dónde está tu Dios?„ (2).

Al verse ausente de su amado Esposo, la Iglesia exclama: "¡Ay de mí, que mi destierro se ha prolongado! He vivido entre los moradores de Cedar; mucho tiempo ha que ha estado mi alma peregrinando„ (3). Tan profundos gemidos por causa del amor ausente, durarán hasta la consumación de los siglos. He aquí la vida de la Iglesia; vida de un amor que martiriza, y,

(1) Cant., I, 6.
(2) Psalm. XL, 1-2, 4.
(3) Psalm. CXIX, 5-6.

sin embargo, el martirio que produce lleva en sus dolores un consuelo inefable; esta es la voluntad del Amado, y por otra parte, no hace la ausencia otra cosa que santificar y perfeccionar más y más el amor de la Iglesia. Las tristezas del destierro, el desprecio y las persecuciones que tiene que sufrir en este mundo, la hacen suspirar con más vehemencia por su Amado, único consuelo en sus penalidades, único bien que busca en todas partes; y si no le ve claramente, no por eso el buen Jesús la llega á abandonar, bien lo sabe la Iglesia, y por esto le dirige sus afectos y trabaja por su gloria en todas partes, y le halla en la humillación y en la amargura, en los trabajos y en todas las cruces que Él mismo le envía como prendas de su amor. Ella no ignora que debe entrar en el cielo, caminando aquí en la tierra por las sendas de la tribulación. Las tribulaciones la llevan á su Esposo y la hacen agradable á los ojos del Señor. "Me glorío—dice ella—en las tribulaciones, sabiendo que la tribulación ejercita la paciencia, la paciencia sirve á la prueba de nuestra fe y la prueba á la esperanza, que no engaña, porque la caridad de Dios ha sido derramada en nuestros corazones por el Espíritu Santo que se nos ha dado„ (1).

Los padecimientos no acobardan á la Iglesia. Jesucristo los ha santificado, y ellos la unen más y más á su divino Esposo. "Me encon-

(1) Rom., V, 3-5.

traron las patrullas que rondan la ciudad—dijo la Esposa,—me hirieron y me lastimaron, y los centinelas de los muros me quitaron el manto con que me cubría.„ Tales expresiones no indican, sin embargo, el dolor que aflige, aflicción que agobia, pues la Esposa añade: "Yo os conjuro, ¡oh hijas de Jerusalén!, que si hallareis á mi Amado le digáis que desfallezco de amor„ (1). He aquí cómo el amor nos hace indiferentes para todo lo que no es el mismo, é insensibles á los padecimientos. Mientras tengamos nosotros al que amamos, ¿qué nos importa todo lo demás? "Lo que antes consideraba como una ventaja —decía San Pablo,—me ha parecido desventaja y pérdida al poner los ojos en Jesucristo, y en verdad, todo lo tengo por pérdida al compararla con el sublime conocimiento de mi Señor Jesucristo, por cuyo amor he perdido todas las cosas y las veo como basura„ (2).

La Iglesia se gloría en padecer por el nombre de Jesús, y en esto tiene sus mayores delicias, porque si sufre con Él también será glorificada; los padecimientos producen un peso inmenso de gloria y la hacen muy semejante á su divino Esposo, y éste es el mayor de todos los deseos que la animan: ser transformada en Jesucristo, ya que su Majestad padeció dándonos ejemplo y á fin de que siguiésemos sus huellas. De esta suerte, la Iglesia tiene su Tabor en el Calvario, y no quiere gloriarse sino en la Cruz

(1) V, 7-8.
(2) Philip., III, 7-8.

de Jesucristo. Para ella, tienen los padecimientos por causa de Jesús una belleza encantadora, y al sufrirlos, acerca sus labios á las fuentes de la vida y del consuelo, y por nada cambiaría las delicias de que goza llevando sobre sus hombros la Cruz de Jesucristo.

En el canto qué eleva la Iglesia al santísimo Corazón de Jesús hay aún otras notas llenas de dulzura y armonía, y que Dios escucha con agrado; allí están las del reconocimiento y la gratitud, y allí también las de la humildad. Las inefables ternuras que le ha prodigado su Esposo y las gracias con que se ha dignado embellecerla, cuanto ha hecho por ella, motivos son de gratitud inmensa, y, por otra parte, las debilidades y miserias de muchos hijos de esa misma Iglesia la cubren con un velo de dolor y tristeza, y su corazón se abisma en la humildad más profunda. Para expresar el primero de estos sentimientos toma en sus labios el canto de María, la Inmaculada, y llena de entusiasmo dice así: "Mi alma glorifica al Señor y mi espíritu inundado está de gozo en Dios mi Salvador, porque ha puesto los ojos en la humildad de su esclava; por tanto, ya desde ahora me llamarán bienaventurada todas las generaciones, porque ha hecho en mí cosas maravillosas el que es Omnipotente, y cuyo Dombre es santo, y cuya misericordia se derrama de generación en generación sobre los que le temen„ (1).

(1) Luc., I, 46-50.

La Iglesia, al pensar en las culpas de sus hijos, se humilla por ellos en la presencia del Señor é implora su misericordia con estas palabras de David: "Desde lo más profundo clamé á ti, oh Señor; oye benignamente mi oración y tus oídos estén atentos á la voz de mis plegarias. Si te pones á examinar nuestras maldades, ¿quién podrá subsistir delante de ti? Mas en ti se halla la clemencia, y en vista de tu ley he confiado en tu bondad.—En la promesa del Señor se ha apoyado mi alma, en Él ha puesto su esperanza. Desde el amanecer hasta la noche espere Israel en el Señor, porque en Él está la misericordia y tiene en su mano Redención abundantísima, y Él es el que ha de redimir á Israel de todas sus iniquidades„ (1).

La Iglesia contempla enamorada una y otra vez, y cien veces más el bellísimo Corazón de Jesucristo, y en el ardor de su cariño exclama: "Como el manzano entre árboles silvestres, así es mi amado entre los hijos de los hombres. Me senté á la sombra de mi Amado y su fruto es dulce á mi garganta... Confortadme con flores aromáticas, fortalecedme con manzanas, porque desfallezco de amor„ (2). ¿Con qué expresiones la Iglesia podrá revelar á su divino Esposo el amor que le tiene? "Tú eres hermoso, Amado mío—le dirá.—Tú eres hermoso y agraciado.„ Y al contemplar la hermosura de

(1) Psalm. CXXIX.
(2) Cant., II, 3-5.

Jesús, quedará suspendida en éxtasis de amor. Hermosura divina, esplendor de la gloria del Padre, imagen de su bondad y luz de infinita pureza; fuente de gloria y manantial inagotable de la gracia. La Iglesia, al contemplar el Corazón de su amadísimo Jesús, se transforma en El, y este Corazón le da su misma vida y la abrasa en sus mismos ardores, y no es ya la Iglesia quien vive en sí misma; es Jesús quien vive en ella, quien dirige y santifica todas las acciones de la Iglesia, y ésta, animada por el Espíritu de Dios, publica y extiende la gloria del santísimo Corazón de Jesús, y si al ver la hermosura de su Amado estaba como muda de admiración y de respeto, no pasa lo mismo cuando, volviéndose al mundo, trabaja por la gloria de Jesús. Entonces descubre su ternura y el inmenso cariño que tiene á Jesucristo, y por todas partes lleva en triunfo el Corazón de su divino Esposo, y á todo el mundo dice: "Contemplad ese Corazón incomparable; poned en El vuestro cariño; rendidle adoración porque es el Corazón del Hijo del Eterno; cantad sus alabanzas.„

Así es como la Iglesia ha desahogado y tendrá que desahogar su ternura para con Jesús; así trabaja y siempre tendrá que trabajar por la gloria de su amadísimo Señor.

II

Aún no tendrá que despuntar la luz de la aurora en el Oriente, el primer día del siglo XX, cuando ya la Iglesia habrá reunido á sus hijos en los sagrados templos, á fin de adorar y bendecir al Dios tres veces Santo, bondad infinita y autor de todos nuestros bienes. Ofrecerá también entonces nuestra Madre la Iglesia, á gloria del Eterno, el incruento Sacrificio de nuestros altares. He aquí la obra primera de la Iglesia en el siglo XX; hará que sus hijos bendigan á Dios, y que se ofrezcan á su gloria en unión del Sacrificio de Jesús (1). Oigamos siquiera un instante las alabanzas á que nos referimos.

"¡Eres, oh, Señor, un Dios omnipotente, Padre, Hijo y Espíritu Santo! Te confesamos uno en la substancia y trino en las Personas. Siempre eres el mismo; tu vida nunca desfallece, tu inteligencia es infinita. Te invocamos, te adoramos, te alabamos, ¡oh, dichosa Trinidad! Eres nuestra esperanza, nuestra salud y honra. ¡Líbranos, sálvanos y danos vida, oh, amable Trinidad! El Padre es caridad, el Hijo es gracia y el Espíritu Santo comunión. El Padre es veraz, el Hijo verdad, el Espíritu Santo verdad; el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, es una substancia, ¡oh, amable Trinidad!

(1) *Decret urbis et orbis,* 13 de Noviembre de 1899.

¡Gloria á tí, oh Trinidad igual, una deidad ante todos los siglos, ahora y para siempre! ¡Alabanza y gloria perenne á Dios Padre, al Hijo y al Espíritu Santo por todos los siglos! Al Dios de quien son todas las cosas, por el que son todas, y en quien todas existen, sea gloria por todos los siglos! ¡Gracias á ti, oh Dios! ¡Gracias á ti, verdadera y una Trinidad, una y suma deidad una y santa Unidad!

¡Oh, qué canto tan hermoso, y cómo al escucharlo quedan nuestras almas embriagadas en delicias del cielo! Parece que la Iglesia ha dejado esta tierra de miseria y llanto, y que, transportada al cielo, contempla al descubierto la divina Esencia, y la bendice y adora en compañía de los ángeles; así es purísima y brillante la luz que á la Esposa del Cordero ilumina, y así también es dilatado y profundo, el océano de dulzura en que Dios se ha dignado sumergirla.

¿Qué más tendrá que hacer la Iglesia por la gloria de su divino Esposo? Los grandes Pontífices Pío IX y León XIII, le han dejado una herencia preciosa que tendrá que entregar á los fieles: María y Jesús. María que, vestida de purísima luz y resplandeciente de gracia, atrae al mundo con la suavidad de sus encantos y la dulzura de su amor. Sin mancha ninguna de pecado, creada en la justicia original y embellecida con todas las virtudes, es modelo perfecto de toda santidad. En Ella aprendemos la humildad y la pureza, la obediencia y el